

# La parte inventada

Rodrigo Fresán

## ¿DÓNDE ESTOY? O APUNTES PARA UNA TEORÍA DEL AQUÍ, DEL ALLÁ, Y DE ESE LUGAR QUE ESTÁ EN TODAS PARTES

UNO Empieza así. Empieza –vuelve a empezar, regreso a lugares comunes para mí– con un título más o menos ingenioso y que, se supone, servirá para ubicar la figura del escritor primero en el punto A, luego en el punto B y, finalmente, en el inasible y perverso y polimorfo punto O, que es el más interesante de todos. El punto en el que yo estoy escribiendo esto y del que saldré apenas por unas horas y espero que lo entiendan, espero ser más o menos claro.

Y es que no es un tema sencillo.

Me refiero a la idea de que el escritor ocupe un determinado lugar (un lugar que también ocupan todas esas otras personas que no son escritores ni quieren serlo) donde hacer lo suyo. Eso de lo que habla «The Private Life» de Henry James, relato sobre qué hace una parte del escritor mientras otra parte escribe o qué no hace un escritor mientras otra parte no escribe. Es decir: escribir, pensar en qué va a escribir para que otros lo lean, leer lo que otros escribieron antes para ir aprendiendo (nunca del todo, no hay meta en esta carrera ni destino final ni *arrival* para semejante *departure*) a escribir. Etc. Algo así como una versión quieta, bastante aburguesada y tan sólo en apariencia cómoda y plácida del sufismo y alrededores. Porque por escribir –está claro, se entiende– no me refiero a apenas la correcta combinación de menos de treinta caracteres y algo más de diez signos.

Y, sí, ese lugar ejerce algún tipo de influencia sobre quien se inclina sobre su ordenador con la misma resignación que un

monje frente a un altar o un científico frente a la pantalla de un radar: ambos esperando lo mismo, ambos a la espera de que alguien le conteste algo desde el otro lado. Una señal divina o extraterrestre.

Algo así.

No es sencillo, dije; pero el *leit-motiv* de este encuentro es el trazado de coordenadas; y lo que sí está claro es que nací en A, viví ahora en B, pero trabajo, desde siempre, en X.

Lo que todavía es mucho menos sencillo. Por lo menos para mí. Porque con el correr de los años y el arrastrarse de los libros, el espacio físico y el espacio mental se van separando cada vez más y ya no gozan de esa perfecta uniformidad de la que disfrutaban durante nuestra infancia. Cuando somos niños, lo que hacemos y pensamos transcurre en el mismo lugar. Al crecer descubrimos –como precisó Proust– que «los sitios que hemos conocido no pertenecen tampoco a ese mundo del espacio donde los situamos para mayor facilidad». Así que vuelvo al título de todo esto –porque es el único sitio del que puedo agarrarme– y descubro una nueva complicación: si escribiese esto en Argentina, mirando el fantasma de la electricidad de estas futuras páginas, el Aquí debería entonces ser España y el Allá no podría sino llamarse Argentina. Pero también es cierto que, habiendo nacido yo en Argentina –en la inamovible geografía de los documentos– mi aquí debería ser, a perpetuidad, la Argentina. Escritor argentino, y todo eso. Y mi allá España. Me temo que, por este camino, de seguir así, cada vez me pareceré más a una de esas damiselas de película antigua que se desmayan por cualquier motivo y, al recuperar los sentidos y abrir ojos de largas pestañas, mientras alguien pone el frasquito de sales bajo sus narices, repiten una y otra vez, como en trance, «¿Dónde estoy?»

DOS Y el problema de preguntarse «¿Dónde estoy?» es que se trata de un interrogante con doble fondo, cámara oculta, pasadizo secreto, pliegue espacio temporal. El problema de preguntarse «¿Dónde estoy?» es que –reflejo automático, eco deforme, yang del yin– enseguida se va a dar a otra pregunta igual de inquietante.

Y esa otra pregunta es: «¿Hay alguien ahí?»

Y es entonces cuando las cosas se complican.

TRES Pero no vayamos allí, quedémonos de este lado, clavémonos los anzuelos de los dos primeros signos de interrogación. ¿Dónde estoy?, entonces. Buena pregunta. Y esta es una pregunta que todavía es más buena cuando se la formula un escritor. Porque la práctica de la literatura es, finalmente, la forma más sencilla de no estar en ninguna parte. O de estar en ese lugar que está en todas partes y que es el libro que uno siempre está escribiendo. Porque, ay, aunque uno asegure y crea que no está escribiendo nada –que se tomó un sabático o que salió corriendo sin mirar atrás– uno siempre está escribiendo un libro o acaba de terminar de escribir un libro o se dispone a empezar a escribir un libro. Y así la práctica de la literatura es una disciplina espacialmente paradójica: visto desde afuera, es el oficio más sedentario que existe aunque, desde adentro, es uno de las actividades más nómades jamás ejecutadas por el hombre.

Todo esto, claro, tiene la elegancia de lo abstracto y, supongo, suena como uno de esos cuadros de rectas y cubos y colores a los que se les puede adjudicar cualquier significado y que más de uno acaba colgando al revés de cómo los pensó su pintor. La independencia del artista –ajeno a todo credo y tiempo y espacio– es una idea interesante, una buena idea. Pero también es un deseo utópico. Porque –a la hora de la verdad, de la biografía y la necrológica– en algo nos marca el año y el sitio en el que nacemos. No podemos evitarlo. Algunos se abrazan con fidelidad a ese origen y lo convierten en su tema y razón de ser. O lo reescriben a su medida. O, en el acto de querer dejarlo atrás y de negarlo, acaban reconociéndolo más que ningún otro. Otra vez: ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy yo? ¿Aquí o allá?

El aquí es, supongo, el país España, la ciudad Barcelona, y las habitaciones (en el céntrico Eixample primero y en las afueras de Vallvidrera ahora) donde escribí mis últimas tres novelas, unos cuantos cuentos, y demasiadas reseñas y artículos y ensayos casi espontáneos como éste. Ninguna de esas tres novelas transcurre en Argentina (tampoco en España; acaso *Mantra* se las arregla para invocar sin nombrarla a una versión alternativa de mi patria) y, ahora que lo pienso, tal vez la novela del exilio sea inevitablemente nostálgica y la del autoexilio (mi caso) sea una novela que no quiere mirar atrás. No sé...

CUATRO Y después del *¿dónde estoy?* Se impone el *¿qué hice?*, *¿qué hago?*, *¿qué haré?* No dejan de preguntármelo (no dejan de preguntárselo a todo escritor) y, puesto y obligado a responder, más allá de pequeños detalles, yo me defino como un irrealista lógico practicante de la teoría del glaciar. Me explico, vuelvo a explicar lo mismo que ya expliqué tantas veces, no porque esté absolutamente seguro de ello sino porque es lo más profundo que me he internado en la teoría del arte de la escritura aplicado a mi ADN. No me interesa saber más. Nunca me gustó que me explicaran el truco detrás de la magia y –no es que sea muy observador y deductivo– cada vez que desentrañé algún misterio creador no se debió a mi talento sino a la falta de talento del supuestamente talentoso. Así que allí voy de nuevo, el viejo minué, apenas dos movimientos sistemáticos y casi reflejos.

Giro y reverencia: Irrealismo Lógico y Teoría del Glaciar.

El irrealismo lógico es la contraparte complementaria del realismo mágico al que –más por latinoamericano que por argentino– cierto tipo de catalogador compulsivo continúa intentando arriarme. Todo eso y, también, el Boom. Pero, lo siento, no. No cuenten conmigo. No vengo de allí, no estoy aquí por eso. Mientras el realismo mágico propone una realidad pública puntuada por reflejos fantásticos, mi irrealismo lógico apuesta por una irrealidad privada en la que, de tanto en tanto, es bombardeada por las esquirlas del orden. Y llevo ya más de una década en Barcelona sin saber –sin preocuparme por saber– la dirección exacta donde vivieron Varguitas y Gabo.

La teoría del glaciar, en cambio, es mi respuesta a la hemingwayana y un tanto peligrosa teoría del iceberg. Y es muy sencilla: de acuerdo, que haya mucho escondido bajo la línea de flotación; pero que también haya mucho arriba, sobre la superficie de las aguas.

Y, aún así, estas certezas tan sólo ayudan a mantenerse a flote, a seguir remando. Algunas vez fue más sencillo. O tal vez tuvo más que ver con el hecho de que uno era más joven e inconciente y que –como le ocurre a los súper-héroes, no a los de la DC, pero sí a los de la Marvel– en un principio uno no hace otra cosa que disfrutar irresponsablemente de la potencia aparentemente inagotable de las gracias recibidas. Entonces, uno es un mutante feliz:

sabe que quiere ser escritor (sabe que ya es escritor) pero todavía nadie lo juzga o lo calibra. Ni siquiera uno mismo. Uno es pura promesa, página en blanco a la que no se teme. Después, enseguida, todo cambia: el cielo comienza a cubrirse de nubes negras y relampagueantes y tropezamos a ciegas con esa cita de Truman Capote, tan frecuentada, donde se alude a un don, a un látigo, a la autoflagelación. Y con aquella otra de –Henry James de nuevo– donde se alude a «trabajar en la oscuridad», a «hacer lo que se puede» y a «dar lo que se tiene» y a «la locura del arte». Y, a continuación, leer y decodificar todas y cada una de esas entrevistas a dioses y a semidioses en *The Paris Review* –«Writers at Work», «The Art of Fiction»– para intentar capturar algo que nos sirva, que nos explique, que nos justifique y nos redima. Una ayudita de nuestros amigos desconocidos pero de los que nos hemos aprendido hasta la última coma.

¿De dónde surge todo esto? ¿Cómo empezó todo?

Difícil precisarlo.

Desde que tengo memoria quise ser escritor. Incluso desde antes de leer el *David Copperfield* de Charles Dickens y el *Martin Eden* de Jack London (donde, maravillado, descubrí que los personajes *también* pueden ser escritores y que los héroes pueden dedicarse a la hazaña de la literatura) y el *Drácula* de Bram Stoker (donde todos no paran de leer y no dejan de escribir acerca de un monstruo al que casi no ven) y *Matadero Cinco* o cualquier otra novela de Kurt Vonnegut (esas estructuras atomizadas, esos saltos espacio-temporales que me marcan como radiación tatuada) en las que el catastrófico escritor *sci-fi* Kilgore Trout redacta una y otra vez los fines del mundo, los finales de todos los mundos.

De ahí, pienso, que no haya ningún libro mío sin un escritor entre sus páginas.

Por esas mismas fechas iniciáticas –soy algo que ya no es exactamente un niño pero no se sabe muy bien qué será aún– experimento dos epifanías extraliterarias pero que acabarán influenciando para siempre la personalidad de mi prosa. Escucho por primera vez «A Day in the Life» de los Beatles, esa portentosa canción digresiva que arranca con la lectura de la primera plana de un periódico y concluye con el sonido del fin del mundo mientras se nos anuncia que «*Having read the book, I'd love to turn you on*».

Y voy al cine a ver *2001: A Space Odyssey* de Stanley Kubrick. Salgo del cine temblando, pasmado ante la idea de que se pueda contar algo *así*. Mamá, papá, amiguitos: acabo de ver una película de ciencia-ficción que empieza en la prehistoria y vaya a saber uno dónde termina exactamente. No hay límites. Todo es posible. Yo quiero *sonar* y *filmar*, por escrito, exactamente *así*.

CINCO Pero, probablemente hubo un día D. No un comienzo preciso (aunque puede argumentarse que ya nací literario, o con cierta propensión a lo anecdótico, porque fui declarado clínicamente muerto durante el parto, no fue un proceso fácil, pesaba seis kilos o algo así, venía con una costilla de más y, minutos después, decidí volver a la vida para pasmo de los doctores y comadrona); pero sí el instante clave en que una vocación más que insinuada ya no admitiría cambios de rumbo o timón. Una suerte de Big Bang o de Clackety-Clack (onomatopeya de las máquinas de escribir en los cómics) y escribí un cuento sobre todo eso donde narro cómo fui secuestrado por una organización anticomunista en los convulsionados y argentinos años 70. Está claro que entonces esos dos tipos de aspecto muy pesado no me buscaban a mí: buscaban a mi padre que, esa mañana, estaban divorciándose, una vez más, en alguna otra parte. Por lo que me llevaron a mí para canjearme por ellos. Estos dos tipos eran los mismos que con anterioridad habían visitado mi casa, revisado la biblioteca y casi experimentado un orgasmo frente a un libro que consideraron subversivo por estar titulado como *La revolución del surrealismo*. Por entonces, la palabra *revolución* no era cosa a tomarse a la ligera. Todo era surrealista por entonces. En cualquier caso, recuerdo me encañonaron con una ametralladora y me subieron a un auto y –para distraerme– me hacían preguntas sobre fútbol. Y yo les respondía que el fútbol no me gustaba y que mis padres jamás me habían llevado a un estadio (lo que los perturbó todavía más que lo de *La revolución del surrealismo*). Y dábamos vueltas por la ciudad buscando a mis padres y yo todo el tiempo pensaba –como si se tratara de un mantra– la frase «Esto sería un buen cuento». Me llevó más de quince años ponerlo por escrito, se titula «La vocación literaria», apareció al final de mi primer libro titulado *Historia argentina*, en 1991, y no está del todo mal, pienso.

En ese primer libro también aparece por primera vez –y ha reaparecido en lo que fui publicando desde entonces– un lugar que está en todas partes y que se llama Canciones Tristes y que, más allá de la inevitable resonancia que lo hace sonar parecido a Buenos Aires, yo muevo y hago aparecer en varios puntos del mapa. Así, Canciones Tristes puede ser una playa de la Patagonia, un campo e concentración en Alemania, un barrio en las afueras de Los Ángeles, una zona de pruebas de armamento atómico en el desierto de Nebraska y, en mi novela *El fondo del cielo*, incluso otro planeta. Todo esto para decir que uno escribe para eso: para abolir fronteras, para viajar lejos sin moverse demasiado, para tener otra vida.

A la hora de la verdad, todo escritor es un exiliado. El otro día leí algo al respecto en uno de los ensayos de Roberto Bolaño reunidos en un libro titulado *Entre paréntesis*. Allí Bolaño afirma: «Toda literatura lleva en sí el exilio, lo mismo da que el escritor haya tenido que largarse a los veinte años o que nunca se haya movido de su casa. Probablemente los primeros exiliados de los que se tiene noticia fueron Adán y Eva. Eso es incontrovertible y nos plantea algunas preguntas: ¿no seremos todos exiliados?, ¿no estaremos todos vagando por tierras extrañas?»

Yo creo que sí. También creo que hay destinos peores. Y que la literatura es la brújula caprichosa que nos magnetiza a nosotros y nos ayuda a movernos con cierta gracia entre el aquí y el allá y ese lugar que está en todas partes. Los libros son los fantasmas de los escritores vivos y los escritores muertos son los fantasmas de los libros vivos. Tal vez eso sea la inmortalidad: ser portátil, ser un libro que –nada es casual– se abre de la misma manera en que se abre una puerta (mientras que las pantallas de ordenadores, iPads y Blackberries padecen las limitaciones y los marcos de las ventanas). Tal vez los libros sean como una especie de Más Allá, pero de este lado. Un lugar al que llegar a la vez que una base de lanzamiento donde, en más de una ocasión, cada vez más seguido, resulta que, sí, «Houston, tenemos un problema». Muchos. Demasiados. Y tanto más difíciles de solucionar y de responder que a preguntas del tipo «¿Cómo se te ocurrió esa idea?»

SEIS Bienvenida interferencia de Enrique Vila-Matas: «Me fascina escribir porque adoro la aventura que hay en todo texto que

uno pone en marcha, porque adoro el abismo, el misterio y esa línea de sombra que al cruzarla va a parar el territorio de lo desconocido, un espacio en el que de pronto todo nos resulta muy extraño, sobre todo cuando vemos que, como si estuviéramos en el estadio infantil del lenguaje, nos toca volver a aprenderlo todo, aunque con la diferencia de que de niños todo nos parecía que podíamos estudiarlo y entenderlo mientras que en la edad de la línea de sombra vemos que el bosque de nuestras dudas y preguntas no se aclarará nunca y que, además, lo que a partir de entonces vamos a encontrar sólo serán sombras y tiniebla. Entonces lo mejor que podemos hacer es seguir adelante aunque no entendamos nada.» Y más adelante: «Los libros que me interesan son aquellos que el autor ha comenzado sin saber de qué trataban y los ha terminado igual, en la penumbra».

Pues eso.

Gracias, Enrique.

SEIS Recuerdo que antes era diferente. Al principio las tramas llegaban redondas y completas y yo las esperaba en un muelle y las contemplaba desembarcar de un barco. Y las ponía por escrito. Ahora es diferente. Ahora –creo que todo comenzó y cambió a mis treinta y cinco años, cuando por fin leí los siete volúmenes de *En busca del tiempo perdido* a lo largo y ancho de dos semanas de vacaciones, jamás me he sobrepuesto a ese impacto encandilador como jamás me he recuperado de la felicidad de encontrar a John Cheever– nada ni nadie llega a puerto. Espero en vano hasta que cae la noche y sube el frío. Y así tengo que saltar a un pequeño bote. Y remar mar adentro. Y seguir el rastro mínimo de restos que flotan. Y ubicar el sitio exacto del naufragio. Y ponerme el traje de buzo. Y descender a profundidades no llega la luz. Y, con mi linterna, alumbrar frases sueltas, sensaciones, nombres propios e improprios, cristales de epifanías, documentos mojados, vestidos vacíos flotando como en un vals de medusas. Y la sangre en burbujas y el oxígeno que nunca alcanza... Y hacer algo con todo eso. Antes vestía un esqueleto. Ahora salgo a la pesca de los huesos con pesados baúles llenos de ropa. No digo que no sea interesante y hasta divertido. Una cosa es segura: no es más fácil. Es cada vez más difícil. Y más complicado de ubicar el dónde



estoy. Mínimas coordenadas: el libro que escribo ahora se titula *La parte inventada* y transcurre en Argentina y en España y en Canciones Tristes, al mismo tiempo, todos junto ahora, exactamente *aquí*, precisamente *ahí*.

Y, sí, el protagonista es un escritor, varios escritores. Uno y todos preguntándose dónde están, en dónde se metieron, cómo hacer para salir de allí, de esas tierras extrañas por las que vagan, del bosque de sus dudas y sus sombras y sus tinieblas.

SIETE Por eso, y para terminar, de salida, a mí me gusta pensar que nací argentino y que, si hay suerte, moriré escritor. Vaya a saber dónde. No importa. Me gusta imaginarme que mi lápida tendrá nada más nombre y fechas y, a modo de epitafio, solo un par de palabras que son estas: «¿Dónde está?» Y, puestos a soñar, a desear, si hay todavía un poco más de suerte, me gustaría que alguien, leyendo esa pregunta en ese pedazo de mármol o de piedra o de pantalla o de papel respondiera – con la absoluta seguridad de quien está en lo cierto, pero sin por eso verse obligado a renunciar a ficciones ajenas que siente como propias, y tal vez algún día de estos él o ella también...– respondiese: «En sus libros» ©